

ductor, entónces muy conocido, de varias obras dramáticas francesas. Por aquellos tiempos llegó á desencadenarse la vena apológica de los españoles. *Arriaza*, cuyo humor chancero no perdonaba cosa alguna, decia á fines del siglo (1796): «Reina en la córte una plaga de fábulas, como la pudiera haber de tercianas.»

No se requiere, para cultivar con fruto este género literario, ardorosa y alta fantasía; bastan vivo ingenio, sencillo estilo, intencion moral. No adornaban, por cierto, estas prendas á la mayor parte de los que, así en Madrid como en las provincias, atestaban los periódicos de aquel tiempo de triviales é insulsas fábulas. Uno de los fabulistas ménos enfadosos de aquella era es sin duda *don José Agustín Ibañez de la Rentería*. Soltura en la versificación, naturalidad de estilo, en verdad prosaica, y cierta intencion política, tan contenida y disfrazada cual lo exigia el sistema gubernativo de Carlos III, son las únicas circunstancias dignas de atencion en las fábulas originales de *Rentería*. Aquellas cuyos argumentos tomó de otros autores, están por lo general escritas sin espontaneidad y sin gracia, y no fué en él poca osadía escoger algunos asuntos tratados ya magistralmente por *Samaniego*. Era, no obstante, *Rentería* hombre verdaderamente modesto, y escribió las fábulas, no para ganar nombre, sino por mero pasatiempo. *Samaniego*, cordial amigo suyo, corrigió estas fábulas, é indujo al autor á darlas á luz (1).

El Raposo, una de las dos fábulas que con este título escribió *Rentería* (2), fué tenida en 1788 por una sátira política contra Floridablanca, escrita y propagada por la parcialidad del Conde de Aranda. Corrian las copias de mano en mano hasta entre las damas de la alta aristocracia. El honrado ministro, ó por cautela, ó mortificado con el emblema del raposo, intentó poner en claro si la fábula era en efecto un manejo político de sus enemigos. El Superintendente general de Policía, y hasta el Consejo de Castilla, intervinieron en la aclaracion; pero las dudas no se desvanecieron hasta que *Samaniego*, á quien se habia achacado la fábula, escribió, desde Vergara, que era obra de un mozo muy aventajado y muy amigo suyo, residente en Bilbao, «quien lo decia públicamente y muy tranquilo, por no envolver aquello malicia ni arcano» (3).

La supuesta sátira perdió el aplauso al perder la malicia, y quedó reducida á lo que es en sí: una inocente fábula, poco merecedora de éxito tan ruidoso.

No inferior en mérito á *Rentería*, y harto semejante á éste en defectos y cualidades, merece ser citado otro fabulista de aquella época, *don Ramon de Pison*, ministro togado del Real y Supremo Consejo de la Guerra, que, con el transparente anagrama *Roman de Pinos*, imprimió, á fines del último siglo, muchas fábulas en los periódicos de Salamanca y de Madrid (4). Pero nada más diremos de este escritor; ni mencionaremos siquiera otros varios fabulistas que, con ménos prendas todavía que *Rentería* y *Pison*, cultivaron el apólogo sin doaire, sin elevacion, sin originalidad, sin hechizo alguno.

(1) Á ruego tuyo, y tal vez en mi daño,
Mis versos publiqué....

(Fábulas en verso castellano, por don José Agustín Ibañez de la Rentería.—APOLO Y LOS PORTAS. El autor á su amigo don Félix María de Samaniego.—Fábula 1.^a, libro II, tomo II. Imprenta de Villalpando, 1797.)

(2) Es la que empieza así:

De un leon poderoso,
Ministro principal era un raposo,
Por lo sagaz y astuto;
Orgullo como el hombre tiene el bruto....

Fué publicada por primera vez en el *Diario de Madrid* del 4 de Agosto de 1788. Al año siguiente se reimprimió en la coleccion de *Fábulas en verso castellano*, por don José Agustín Ibañez de la Rentería. Imprenta de Aznar, 1789, pág. 109.

(3) *Historia del reinado de Carlos III*, por don Antonio Ferrer del Rio.

(4) Las más de ellas se publicaron despues en coleccion. Madrid, imprenta de Ibarra, 1819.

CAPÍTULO XIV.

Consecuencias antipoéticas de la reforma doctrinal.—Prosperidad del prosaismo.—Olavide.—Salas.—Silva Bazan.—Merás.—Olmeda.—Pichó y Rius.—Imperio de la égloga.—Artificio de la poesía campestre.—Su desnaturalizacion.—Abuso de las clasificaciones doctrinales.—Poesía didáctica.—Rejon de Silva.—Moreno de Tejada.—Enciso.—Perez de Célis.—El padre Vanière.—Poesía fruslera.—El bachiller Dueñas.—El Marqués de Ureña.—El Marqués de Méritos.—Regimiento de la *Posma*.

La reforma doctrinal, ejercida por una crítica estrecha y meticulosa, á fuerza de encarecer la llaneza y la claridad, y de hacer estribar una parte muy principal del valor poético en el respeto á amaneradas formas y á clasificaciones arbitrarias, acarrió á la poesía la mayor de las desventuras: el prosaismo; pero un prosaismo cual no se habia visto jamas. *Montiano*, los padres *Burriel*, *Benavente*, *Isla*, *Montengon* y otros poetas precursores del prosaismo de *Iriarte*, procuraban, aunque las más veces sin fruto, dar á su estilo, cada uno segun su fuerza y su índole, cierto color de ingenio. Ahora, temerosos de que el ingenio parezca como un denunciador de gongorismo, despojan sin escrúpulo á la poesía de su fuego y sus galas. Y claro es que haciendo descender el *quid divinum* á esta esfera humilde y rastrera, todo aquel que manejaba mediana y aún malamente la prosa, se atrevió á subir al *Parnaso* creado por los preceptistas, que de otro modo habria sido para ellos inaccesible.

El carácter histórico del presente estudio nos impone la triste tarea de recordar algunos de aquellos poetas infelices. Interminable sería el catálogo; pero nos limitaremos á ciertos nombres que alcanzaron extensa fama.

Uno de ellos es *don Pablo Olavide*, el célebre autor de *El Evangelio en triunfo*. En su version castellana de los *Salmos de David* y de los *Cánticos de Moisés*, y principalmente en *Los Poemas cristianos*, es la poesía de este escritor uno de los ejemplos más señalados del limite inverosímil adonde puede llegar la llaneza prosáica y desmayada de aquellos que carecen completamente del sagrado fuego de las artes.

Olavide era hombre de imaginacion impresionable y de ánimo activo y emprendedor. El tiempo que pasó en París en compañía del *Conde de Aranda* ensanchó el campo de sus ideas, naturalmente inclinadas á la civilizacion y á las mejoras públicas, al paso que contagió no poco su espíritu con las doctrinas escépticas y atropelladamente innovadoras que á la sazón fermentaban en la nacion vecina. Imprudente en sus conversaciones y tildado por sus opiniones poco ortodoxas en materia de religion, fué perseguido por la Inquisicion, y preso en 1776, siendo asistente de Sevilla y director y gobernador de las nuevas poblaciones de Sierra Morena y Andalucía. Al oír que era declarado *hereje* en la sentencia leida por el fiscal, en un *autillo* celebrado el 24 de Noviembre de 1778, en el tribunal de Córte, á puerta cerrada, pero ante sesenta personas de cuenta, no pudo sobreponerse á la amarga impresion de vergüenza y acaso de remordimiento, y cayó desmayado del banquillo donde estaba sentado como reo, con una vela verde en la mano (1). Esta terrible humillacion de un hombre grave y encumbrado, que habia prestado grandes servicios al Estado, hubo de parecer repugnante espectáculo á fines del reinado de Carlos III, cuando la Inquisicion habia ya perdido su antiguo rigor y su desmedido poder, y tales procedimientos iban cobrando trazas de anacronismo. Nadie dudaba de que *Olavide*, llevado de la amistad que le unia con *Voltaire*, *Rousseau* y otros filósofos franceses, y arrastrado por su imaginacion aventurera, ha-

(1) Tenemos á la vista una relacion circunstanciada de este autillo, perteneciente á los papeles del obispo *Tavira*. «Presenciaron (dice) este lastimoso espectáculo los duques de Granada, Híjar y Abrantes; los condes de Mora y de Coruña; tres conseje-

ros de Castilla; dos de Hacienda; de Indias, Órdenes y Guerra, uno de cada uno; tres oficiales de Guardias, etc... Salió sin la insignia del hábito de Santiago.»

bia sido ganado en parte por la secta incrédula de aquellos tiempos. Pero no tenía, en verdad, ni el ímpetu, ni la convicción, ni la obstinación implacable de los verdaderos revolucionarios. *Nunca he perdido la fe*, dijo muy conmovido ante el tribunal de la Inquisición, y su conducta desde aquel momento patentizó que el viento del escepticismo no había llegado á arrancar de su corazón las sanas semillas religiosas que recibió en el hogar de sus padres. Expatriado durante muchos años, y vuelto sin duda á su ser ordinario por la recia voz del pasado escarmiento, escribió en París y en Venecia *El Evangelio en triunfo, ó el Filósofo convertido*, cuyo éxito en España fué inmenso (1), abriéndole en 1798 las puertas de la patria, donde le esperaba la más honrosa y lisonjera acogida de parte de la corte y de la nación. Ya indiferente al favor mundano, quiso sepultarse, por decirlo así, en un pueblo de Andalucía, donde pasó, ejemplar y olvidado, los últimos años de su vida.

Mucho tiempo ántes, como si quisiera consagrarse al afanoso desvelo de una voluntaria expiación, había concentrado su ánimo en el santo cuidado de la salvación eterna y en la exaltación de las verdades de la religión. Este impulso místico y elevado no fué bastante á hacer brotar la poesía de un alma donde Dios no la había creado. En 1799 publicó en Madrid sus *Poemas cristianos. El Alma; la Providencia; el Mundo; la Fe; la Confianza en Dios; el Escándalo; la Conciencia; la Caridad; la Paz del Alma; la Esperanza; la Muerte*: éstos y otros semejantes son los magníficos asuntos que canta la helada musa de *Olavide*. No había éste nacido poeta, y en balde se presentaban á su imaginación esos sublimes sentimientos, esos inefables misterios del cielo y de la tierra. En los veinte y cuatro *poemas cristianos*, esto es, en cerca de nueve mil versos (casi todos pareados), no hay un destello siquiera de alta y noble poesía. Tienen la fe y la claridad del Catecismo; pero nunca el color y el embeleso de la inspiración. El prosaísmo de *Olavide* tiene un poder avasallador. Hasta los *Salmos de David* y los *Canticos de Moisés* pierden, bajo la pluma de *Olavide*, su encanto, su elevación y su grandeza (2).

Mas ¿por qué admirarse? *Olavide* se proponía deliberadamente escribir versos incorrectos y descoloridos. El mismo lo dice sin rebozo en estas palabras: «No ha sido mi designio hacer versos correctos y brillantes, y por eso no he pedido á la poesía me prestase sus hermosos colores y sus imágenes atrevidas. Estos adornos serian extraños y nada oportunos para decorar grandes verdades» (3). ¡Y esto lo dice un traductor de los cánticos sagrados de la Biblia! Si así piensa, ¿por qué no escribe en prosa? ¡Singular poética la que proscribió de la poesía sagrada las imágenes y los colores; la que, en una palabra, intenta despojar de poesía á la poesía misma.

No ménos famoso que *Olavide*, si bien por más modesto camino, llegó á ser el popular poeta *Salas*.

Si levantar el pensamiento á los espacios ideales, dando con el fuego de la fantasía luz, ímpetu y color al mundo de la materia y al mundo del espíritu, constituye la magia divina y seductora del poeta, nadie es ménos merecedor de este noble dictado que el excelente y virtuoso capellan mayor de la real casa de Recogidas de Madrid, don Francisco Gregorio de *Salas*.

Amaba apasionadamente á la naturaleza, la buscó en el campo con deleite, é intentó cantarla toda su vida, pero siempre con desdichado éxito. *Moratin* dice que *Salas copió á la naturaleza, pero no supo hermosarla*. ¡Lenguaje y preocupacion de los humanistas del siglo último! *Salas* no vió, en verdad, de la naturaleza sino la parte trivial y prosáica. Si hubie-

(1) En ménos de dos años se hicieron ocho ediciones de esta obra.

(2) Véase un ejemplo, tomado, abriendo el libro al azar, del *Salterio español* de *Olavide*:

Todos me miran como á vaso roto,

Como un inútil vaso, y han tenido
El valor de decirme en mi cara,
Pues no hay injuria que no me hayan dicho.

(Salmo xxx.)

(3) *Poemas cristianos*. Madrid, imprenta de Doblado; 1799. Véase el prólogo.

ran existido en su alma, siquiera en cantidad escasa, las facultades ideales del verdadero poeta, no hubiera tenido que *hermosear* la naturaleza; le habría bastado con comprenderla y retratarla.

El Observatorio rústico, del cual se hicieron diez ediciones, principal título de la fama de *Salas*, es un monumento singular de vulgaridad y de pesadez. En vez de sensaciones delicadas, de imágenes brillantes, de emociones de admiración y de entusiasmo, no hay en aquella larga y fatigosa égloga sino meras descripciones. Y ¡qué descripciones! Incapaz de discernir lo bello, lo grande y lo ideal, *Salas* lo acepta todo como fuente de deleite poético, y afanoso é imperturbable, se limita á formar una serie interminable, no siempre bien trabada, de impresiones, no sólo triviales ó rastreras, sino á veces de la más ruin naturaleza. El rebuzno del burro, el excremento de las vacas, la asquerosa tarea del escarabajo, un cerdo en el hozadero, una ensalada, un fraile arreando una mula; todas estas imágenes y otras muchas, repugnantes, ridículas ó insignificantes, que el verdadero poeta aparta instintiva y apresuradamente de la imaginación, son á los ojos de *Salas* otros tantos atractivos que constituyen el hechizo de la vida del campo (1).

El título de *Observatorio rústico* da indicio del espíritu con que fué escrita esta obra candorosa. Puede inferirse que el poeta no iba á cantar la sensación intensa ó inesperada que mueve el corazón ó levanta la fantasía. Su propósito era *observar*. Así es que, en vez de sentir y cantar, describe y copia, sin omitir impresión alguna, por vil, prosáica ó desagradable que fuese. Diríase que buscaba el autor, en sus versos, ántes que el entusiasmo de un poema, la exactitud de un inventario.

Corrigióse algun tanto de su chabacana llaneza en la égloga titulada *Dalmiro y Silvano*. *Salas* es siempre en ella el hablante castizo, el versificador abundante, que siente poco y describe por demas; pero hay á veces en las descripciones mismas ternura, cándida sencillez y cierta gracia y facilidad que cautivan. En la poesía de carácter burlesco y familiar es donde *Salas* despliega más su ingenio, que, á decir verdad, nunca raya muy alto, ni se muestra empujador ni ambicioso. En suma, las poesías de *Salas* tienen valor muy escaso, y sólo puede explicarse la grande fama del poeta por las nobles y simpáticas prendas del hombre.

Sin embargo, el prosaísmo podía ir más allá. Uno de los que lo llevaron á su último límite fué el ilustre caballero don Pedro de Silva Bazan, bizarro militar que se hubo como cuadraba á su nombre en la malograda expedición de Argel, y fué despues patriarca de las Indias é individuo de la Junta Central. Este varón, digno y estimable por innumerables títulos, amaba apasionadamente las letras, y profesaba á la poesía la más estéril y desventurada afición. Á tal punto le había negado la Providencia el precioso dón del sentimiento poético, que puede decirse, sin asomo de paradoja, que sus versos son más prosáicos que la prosa misma.

Puede dar de ello testimonio la égloga que leyó en la academia de San Fernando, siendo

(1) Podrían acusarnos de exagerados si no probásemos lo que aquí decimos. Véanse los siguientes ejemplos, que, hasta por su tono de aluluyas de muchachos, parecen una parodia de la poesía campes- tre:

Despierto con descuido
Al inocente ruido
Del desvelado canto de algun gallo,
Animoso relincho de un caballo,
Rebuzno de algun burro,
Al gorjeo y susurro
Del gorrion, vencejo y golondrina,
Y al golpe con que cierne una vecina.
.....
El pastor en la cumbre
Busca, para la lumbre,
Las más secas boñigas,

Carcomidas de insectos y de hormigas.
.....
El borrico rebuzna, ladra el perro,
Y algun guarda vocea desde un cerro.
.....
El feo escarabajo, reclinando,
Bolas que fabricó lleva rodando.
.....
Hoza el cerdo en el lodo,
Se baña en él y se humedece todo.
.....
Las verduras y frescas ensaladas
Por mi mano plantadas,
Que por las tardes tomo,
Y bien aderezadas me las como.
.....
Cuál arrea la mula de una noria,
Cuál á su tiempo busca la achicoria,

exento de la compañía española de Guardias de Corps. Hé aquí cómo empieza á hablar uno de los pastores de la égloga:

Salicio, no me es lícito quedarme;
Pues, en un año que dejé mi aldea,
Nada sé de mi madre
Ni de mi anciano padre,
Y esta noche es preciso que los vea,
Que ya sin duda deben aguardarme;

Porque yo, al ausentarme,
Les dije que á la siega volvería;
Y aunque no es culpa mia,
Las espigas doradas
Estarán en la era ya trilladas....

La carta más descolorida no suele llegar, en su estilo, á este grado de insulsez y frialdad. Esto deja atrás á la desmayada frase de *Salas*, de *Olavide* y de *Montiano*, que también leyó una égloga semejante en la misma academia de San Fernando, el año de 1754.

«La música (dicen las actas de la Academia) preparó la atención para oír con mayor deleite la égloga de don Pedro de Silva.» El éxito fué completo, y tal el entusiasmo del concurso y de la Academia, que ésta nombró al poeta, en el acto y por aclamación, académico de honor.

Éste es uno de los muchos ejemplos que ofrece la historia literaria del imperio de la moda, y de los errores estéticos de cada edad. Ridícula era, ciertamente, la moda conceptuosa; pero al cabo en ella, si bien descaminado, se traslucía á veces el ingenio, en tanto que en el prosaísmo extremado de aquellos tiempos no cabían ni color, ni emoción, ni vuelo, ni imágenes, ni el menor reflejo, en fin, de lo que constituye la belleza poética.

Sólo comparable, en falta de númen, con su contemporáneo y paisano el Conde de Toreno, autor de *La muerte de Abel*, de *Doña Blanca de Borbon* y otros perversos poemas, don Ignacio de Merás, ayuda de cámara del rey Carlos IV, cultivaba la poesía con un inexplicable engreimiento, que contribuyó á que su nombre sonara, aunque sin gloria, entre los poetas de fines del último siglo (1). Este caballero asturiano, que escribió una oda contra *la vanidad*, y que se creía modesto, no dudó nunca, sin embargo, de que Dios le había concedido la llama de la inspiración y de que su nombre estaba destinado á la inmortalidad.

Tineo me dió el sér; filosofía,
Desengaños y honores debo á Mantua,
Y á mi trabajo eterna nombradía:

éste es el orgulloso epígrafe que estampó Merás al frente de sus *Obras poéticas*, provocando de este modo la risa de sus contemporáneos. Así empieza una composición que escribió en celebridad de los desposorios de los Infantes de España y Portugal:

Mi plectro humilde, que dichosamente
Logró la protección, logró el amparo
Del tutelar y padre prodigioso
De las nueve lumbreras del Parnaso....

Bastan estos cuatro versos para dar idea de lo que era Merás como poeta y como versificador, y asimismo de la incorregible manía de infatuarse con un inocente descaro, de que hay pocos ejemplos en la historia literaria, donde han quedado tan abundantes rastros de desvanecimiento y soberbia. Escribió Merás obras dramáticas, odas, poemas heroicos; en todo es siempre rastro y vulgar hasta lo sumo. Dió alguna vez en escribir versos á la muerte de personas queridas ó admiradas. Compuso infelices sonetos, que llamó *Sonetos fúnebres*, á Federico II, á Catalina II, á Feijóo, al general Ricardos, á don Ventura Rodríguez, al impresor Ibarra y á otros célebres personajes. Pero ¡qué mucho! Escribió versos á la muerte de tres de sus hijos y de su esposa, que aún no había cumplido veinticuatro años, y no se encuentra en ellos ni un acento conmovedor, ni un rayo de verdadera luz. La índole intelectual

(1) Hubo en la familia de Merás otros poetas, entre ellos un ciego.

tual de Merás, como la de otros escritores de la escuela prosaica, es de carácter repulsivo para la poesía. Ni la gloria enciende su mente, ni la ternura hace palpar su corazón.

Una composición de Merás, tan poco feliz como todas las suyas, tuvo, entre la gente indocta, cierto éxito pasajero, por referirse *al uso de las cotillas*, moda de aquel tiempo, extravagante por lo extremada, pero no más extraña ni censurable que algunas otras de nuestros días. Es una anaeréontica de más de doscientos versos, en la cual describe Merás las zozobras y molestias que ocasionaba á las señoras el violento ajustador llamado *cotilla*.

El público no advirtió ni la insipidez de la invectiva, ni la extravagancia del poeta, que satirizaba ahora en *anaeréonticas*, como ya lo había hecho en *odas*. Aplaudió entonces, porque sólo vió en Merás el censor de una costumbre de que el pueblo se reía y que la ciencia condenaba (1).

Don José de la Olmeda es otro de los que se atrevían á escribir versos porque imaginaban que la poesía consistía en la sensatez y en la llaneza. Tenía sin duda al vigor y al entusiasmo por cosas arriesgadas en las letras; así es que sus obras causan hastío y fatiga en vez de emoción ó deleite. Hay entre las poesías de Olmeda un romance endecasílabo, de más de quinientos versos, sembrado en verdad de ideas nobles, religiosas y patrióticas (2). Pero ¡qué desmayado estilo! La cordura sola no basta á animar los escritos, y el calor de la idea se desvanece con el hielo de la expresión. Así habla Olmeda para ensalzar la industria española:

Ya puede competir Guadalajara
Con la fábrica inglesa de Lancaster,
Y las de Talavera, Leon, Toledo
Se aumentan con vistosas variedades....

Y ¿era esto *pulsar la lira*, según el lenguaje convencional de aquel tiempo? Esto es una usurpación de la prosa, es parodiarla; porque la asonancia y la medida no sirven aquí sino para hacer más visible la pobreza de la expresión y la desnudez de la frase.

Pongamos término á esta poco gloriosa reseña con el nombre del doctor don Pedro Pichó y Rius, profesor de ciencias matemáticas en el Real Seminario de Nobles educandos de Valencia. Su prosaísmo supera al de los más desmayados versificadores, y llega en esta parte al último punto que puede concebir la imaginación. Inspiróle su extraviado gusto la idea singular de traducir en verso la *Introducción á la sabiduría*, breve tratado de moral, de educación y de higiene, que escribió en latín el insigne varón Juan Luis Vives (3). Ésta es una de aquellas obras recomendables por su sana moral, pero esencialmente reñidas con la poesía. Francisco Cervantes Salazar y Diego de Astudillo la habían traducido en prosa. Pichó y Rius imagina que, convertido aquel modesto y sencillo tratado en un poema, cobrarían mayor realce y valor las máximas de sana moral y cristiana virtud que contiene:

He elegido (dice) la especie de verso comunmente llamada *silva*; metro dulce, corriente, armonioso, lleno al mismo tiempo de *majestad* y *grandeza*.

Majestad y grandeza hay en algunas máximas morales y filosóficas de Vives; pero por desgracia pierden lo uno y lo otro con la entonación trivial y helada de los versos de Pichó. Deja éste atrás el prosaísmo de Montengón, de Silva y de Olavide. Hé aquí una muestra del punto á que se atreve á descender Pichó en la entonación poética, que él intenta hacer *grande* y *majestuosa*:

(1) Un profesor de medicina y cirugía, don Mariano Martínez Galinsoga, escribió una obra, encaminada á probar que la «compresión ocasionada por las *cotillas* pone en tormento las entrañas del vientre inferior, las estrangula, las hace perder el sitio y mudar de figura, y que así las operaciones de dichos órganos deben ser precisamente imperfectas y

dolorosas, por cuya causa sobrevienen enfermedades», etc.

(2) En elogio de las discípulas de las cuatro escuelas patrióticas (1782).

(3) Esta traducción se publicó en Valencia, el año de 1791.